

El espesor del Camino

Julián Abad Caja *

ESTE relato —¿meditación?— refleja, bien que pálidamente, la mágica urdimbre que el espíritu teje cuando, más allá de Xacobeos turísticos, se sumerge en la senda, el paisaje, el tiempo, la historia y el mito que configuran el Camino de Santiago. En mis dos peregrinaciones ha habido muchos momentos en que he rozado con los dedos la posesión inefable de una hermenéutica del hombre.

¡Veinte siglos de densidad del mito! ¿Puede haber razón más poderosa?, solía responder Passolini a quienes se extrañaban de que él, comunista y agnóstico, dedicara tanta pasión, tantos comentarios y tantos kilómetros de película al tema de Jesucristo.

Las palabras de Passolini deberían ser grabadas en todos los milarios y marcas simbólicas que jalonan los caminos que conducen a Roma, Jerusalén o Santiago de Compostela. Mis jornadas de peregrino han comprobado todo el espesor de los siglos, sin preguntarme si su densidad era mito o realidad: han resucitado episodios dormidos en la noche de la historia; han reverdecido las perdidas raíces religiosas de Europa; han despertado las leyendas que cosquillean en los mismos escenarios en que las tejó la

* Escritor y periodista. Madrid.

fantasía; han degustado el vigor expresivo del castellano primitivo que conserva su doncellez en pueblecitos arruinados; han descubierto lo que queda de humano cuando el hombre se desnuda y han recuperado la singular experiencia religiosa de los concheiros compostelanos del medioevo.

La densidad histórica

MÁS de treinta siglos de historia se superponen en el Camino, para gozo reservado a quien, al recorrerlo, se amasa con todo lo anterior y se hace parte de él. Te sitúas simbólicamente en la última capa de cientos de estratos espirituales: tienes la sensación de participar del río humano que, desde los albores de la hominización, pretende vanamente alcanzar los confines de la tierra; te sientes protegido por los exorcismos del druida y reconocido como un candidato a la iniciación por invisibles sacerdotes de Eleusis y de Egipto; percibes la persistencia del paganismo romano y hasta te deleitas en la peregrina interpretación de Américo Castro, para quien el Camino constituye una transformación del mito romano de los dióscuros: Santiago y Juan serían los equivalentes trasvertidos de Cástor y Pólux, hijos aquéllos del Trueno e hijos éstos de Júpiter, dios del trueno, ligadas ambas parejas a la peregrinación y al caballo.

Pero sobre todo, el Camino de Santiago restaura el espíritu medieval. Al recorrerlo, el tiempo se contrae y uno se siente atrapado en la magia de vivir simultáneamente la ingenuidad del siglo XII y la soberbia intelectual del siglo XXI. Yo experimenté esa vaporosa contracción del tiempo en varios lugares del Camino, pero sobre todo en San Juan de Ortega (Burgos) cuando contemplaba el capitel románico de la Anunciación, sabedor de que en las fechas próximas a los equinoccios es iluminado al mediodía por la luz directa del sol. El santo arquitecto debió idearlo así en el siglo XII para que el día de la celebración litúrgica de la Anunciación (25 de marzo, inmediata al equinoccio de primavera) pudiera apuntar a él con su dedo y los fieles reconocieran que «hasta el sol venía a adorar el misterio de la Encarnación». Ante él yo me sentí al mismo tiempo como un analfabeto del siglo XII que recibe la catequesis en piedra del románico y como un racionalista contemporáneo que administra sus dudas ante un proyector de transparencias.

Sufrió gozosamente esa misma contracción del tiempo en Alcázar de Sirga y en Ponferrada, donde perdura la impregnación de los templarios y donde la ejecución de Jacques Molay (curiosamente el último gran maestro del Temple se llamaba Santiago) y la supresión de la orden (1312) no parecen haber tenido lugar. Allí conversé con un miembro del Temple reconstruido, que me aseguró su legalidad en España y se mostró sólidamente convencido de que la orden sigue siendo depositaria de saberes ocultos que algún día revelará al resto de los mortales.

Experimenté también esta contracción histórica cuando, poco antes de Hospital de Orbigo (León), me crucé con un grupo de gitanos peregrinos y recordé que esta raza, arrojada sucesivamente de todos los reinos de la Cristiandad, pudo entrar en España en 1425 gracias a una bula papal, que le autorizaba a peregrinar a Santiago y, consecuentemente, le daba derecho a que los reyes la protegieran durante el trayecto.

Sentí la misma apabullante densidad histórica cuando en la aldea gallega de Gonzar nueve caminantes franceses me invitaron a cenar y me contaron que peregrinaban a pie desde Cahors para estar presentes el día de San Luis (25 de agosto) en la reinauguración de la capilla de los franceses que su rey Luis VI el Gordo mandó edificar a principios del siglo XII y que la actual república laica francesa había restaurado.

Podría referirme con igual densidad a Carrión de los Condes y el tributo de las cien doncellas, a la villa franca de Castrojeriz, al Paso honroso de Suero de Quiñones en Hospital de Orbigo y a tantos y tantos episodios revividos cuando por unos días logré escapar a la prisa existencial que nos impide rescatar nuestro pasado sin convertirlo en arqueología.

La densidad artística

EL camino, en bici, sin prisas, me ha producido efectivos éxtasis estéticos en los monasterios de San Millán, en la exposición de Santo Domingo de la Calzada, en la fachada del Hospital del Rey de Burgos, en la colegiata de Castrojeriz, en Frómista, en las bellísimas iglesias de Carrión de los Condes, Sahagún o Villalcázar de Sirga, en el cruceiro de Legende, en el Hostal de San Marcos de León, etc. Recuerdo de modo especial aquella hora prima del día 15 de agosto, cuando esperaba la salida del sol sentado ante la incomparable fábrica de

San Martín de Frómista (Palencia), contemplando la perfección de las arquivoltas y sillares hasta un instante en que no sabía distinguir si era yo quien miraba a las piedras o eran las piedras, animadas por el arte y el sudor de los canteros, quienes me miraban a mí.

El éxtasis final se produjo en la Puerta de Platerías y en ese incomparable Pórtico de la Gloria de la catedral Compostelana. Allí guiñé un ojo al profeta Daniel, la primera escultura románica que abandona el hieratismo del estilo y esboza una sonrisa de complicidad con la condición humana.

La densidad de las leyendas

EMPEZANDO por el mismo sepulcro del Apóstol, todo el Camino de Santiago está repleto de mitos y leyendas: el Caballero de la barba florida, que se identifica como Carlomagno, primer peregrino, imposible que lo fuera, ya que murió antes de que la misma leyenda creara la tumba del Apóstol; el milagro de Santo Domingo de la Calzada, «donde cantó la gallina después de ser asada» y donde volvió a cantar en aquel atardecer de agosto, justo en el momento en que entraba en la catedral un ignaro barman barcelonés, que casi se desmaya del susto; el caballero Sant-Yago, dispersando en Carrión a los emisarios del califa que iban a cobrar las doncellas del tributo (poco importa que tal vez fuera el novio disfrazado de una de aquellas mozas); las lanzas de los caballeros francos que, clavadas a orillas del Cea, se convirtieron en el choperal de Sahagún; las propiedades curativas de fuentes y arroyos como el de Lavacolla; las numerosas imágenes atribuidas a misteriosos peregrinos que, una vez terminada la talla, desaparecieron sin dejar rastro; y tantas, tantas otras, de cuyo disfrute se privan quienes se quedan con la verdad de los hechos y no aprecian la más profunda verdad de los relatos.

La densidad europea

LA ruta jacobea fue durante varios siglos un andadero de todos los europeos. Los que iban a Santiago eran los peregrinos del Oeste, los únicos que entonces se llamaban con propiedad peregrinos. Los que iban a Jerusalén eran los peregrinos del Este y se

llamaban palmeros porque entraban en la ciudad santa con palmas, recordando la liturgia del Domingo de Ramos; los que iban a Roma peregrinaban al centro de la Cristiandad y no hace falta explicar por qué se llamaban romeros. Estaban trazadas las tres coordenadas del universo místico, el abrazo del Este con el Oeste en la casa común y sin fronteras de aquella Europa que abortaría la modernidad.

He coincidido con irlandeses, ingleses, franceses, italianos, suizos, austriacos, polacos, alemanes y gentes de casi todo el mosaico europeo finisecular. Los paneles azules con el logotipo de la concha, las doce estrellas y el rótulo *itinerario europeo*, que jalonan la ruta, cobraban, más allá de la metáfora publicitaria, un sentido real que no podía sospechar al emprender mi camino.

Allí me di cuenta de que Juan Pablo II, cuando hablaba en Lyon de las raíces cristianas de Europa estaba descubriendo, en «la ciudad de los dos ríos» de la profecía de Nostradamus, un subsuelo común, sobre el que desde luego no es legítimo restaurar la Cristiandad, pero sobre el que tampoco se puede pasar sin violencia la tabla rasa del olvido.

La densidad de lo humano

EN los albergues y bases de acampada he encontrado una fraternidad que está desgraciadamente ausente en la convivencia social, laboral e incluso familiar. Conversaciones, confidencias, comidas compartidas, ayuda desinteresada y sin prisas al que tenía gripe, ampollas en los pies o el tobillo dislocado. Hombretones de 90 kilos que lloraban porque físicamente no podían continuar. Jóvenes que desmontaban de la bici para empujar las sillas de ruedas de dos minusválidos en la terrible ascensión del Cebreiro. O aquel ciego, iluminosa oscuridad!, que, conducido por su perro, seguía con precisión matemática los vericuetos del sendero.

Peregrinar a pie o en bici a Santiago significa recuperar un espacio para la sinceridad, que normalmente nos es arrebatado por los horarios, las convenciones y el consumismo. Allí sesudos jefes son capaces de lavarse la ropa y de colgar de sus mochilas, sin miedo al ridículo, los calzoncillos recién lavados.

Muchas veces durante mi camino me poseyó la certeza de que todos necesitamos, de vez en cuando, un tiempo sabático de peregrinación en el que puedan ventilarse los rincones de nuestras servidumbres.

La densidad religiosa

EVIDENTEMENTE, cada persona es un mundo y nadie puede dar fe de lo que sucede en el interior de los demás. Pero sin una vivencia religiosa profunda, no son explicables los sacrificios, los kilómetros de andar a pie descalzo hasta que brota la sangre, los miles de «fieles» que confiesan y comulgan, las decenas de miles que acuden a la misa de peregrinos, las enormes colas que esperan a pasar por la Puerta Santa y abrazan después al Apóstol.

No sé cuántos ejecutan esos gestos sin añadirles alma religiosa; tampoco sé cuántos quedan sólo atrapados en la magia de la superstición, cuántos compran las medallas como amuletos o cuántos confunden los sellos de la ruta y el rescripto de la Compostela como avales indulgenciados para su cielo particular. Pero sí sé que destruir todo eso con una carcajada de suficiencia racionalista es cegar caminos de acceso a la posesión numinosa de la divinidad. La ingenuidad de quienes se golpean la cabeza en «o santo dos croques» coexiste con la religiosidad adulta de otros miles de peregrinos que experimentan la necesidad de conversión y encuentran en Santiago el lugar sagrado del que no pueden regresar sin haber sellado un compromiso de solidaridad con todos los pobres del mundo, al mismo tiempo que entienden las adherencias supersticiosas como una propedéutica de la fe.

Como todo humano, peregrinar a Santiago, y más en un Año Santo, es un acto cargado de ambigüedades, pero de una densidad incuestionable. Muchas veces, durante el camino, testigo de mi propia transformación humana y religiosa, me he acordado de Felipe, el viejo barbero de mi pueblo pirenaico: peregrinó a Santiago poco después de la guerra civil y toda su vida posterior quedó profundamente marcada por el evento. Mi vida, viajera por todos los caminos de Europa, quedó también atrapada en el espesor de los caminos. Y es que no se peregrina impunemente.